

El Cuervo



Revista
Imaginaria
y
Analítica

12
el Cuervo

julio a diciembre de 1994

Interpretación artística

Adrián Nelson Ramírez

COLECTIVO EDITORIAL

Dirección

*Jose Manuel de Maldonado
Judith A. Diez Herencia*

Montaje y diseño

Hilda I. Colls Marchese

Distribución:

**Internacional*

Carmen Cazorro de Quintana

**Nacional*

Felix Lugo Nazario

**Universidad de Puerto Rico*

Sadí Orsini Luiggi

Suscripciones

Carmen Cazorro de Quintana

EL CUERVO

Revista de los departamentos de Humanidades y Español.

El Colectivo Editorial no comparte necesariamente las opiniones firmadas de sus colaboradores.

Colegio Universitario Tecnológico de Aguadilla de la Universidad de Puerto Rico

*Apartado 250160
Aguadilla, Puerto Rico 00604-0160*

INDICE

julio a diciembre 1994

Marx. Regreso al futuro

Las raíces del posmodernismo se encuentran en lo humano del modo de producción capitalista, visto a-históricamente como la esencia e inalienable pertenencia de la humanidad.

José Manuel de Maldonado

3

América Latina en la encrucijada entre los valores universales y propios

Nuestra América es hija de ese capitalismo, hija de la occidentalización del mundo; es, de hecho, la única cultura que en su totalidad híbrida y mestiza nace al mundo parida por la capitalización universal del planeta.

José Ramón Fabelo

11

Cultura Universitaria (A partir de una epistemología democratizante)

Una cultura universitaria responde a la posibilidad de continuar construyendo verdades, pero para que ello se dé, todos nos tenemos que encontrar en un espacio de deliberación que garantice continuidad, que no auspicie desfases.

Rafael Aragunde

19

En torno al hombre y la creación literaria

En el fenómeno humano de la creación literaria, del trabajo creador, en general, se conjugan elementos racionales, fácilmente explicables, con otros irracionales, misteriosos, que hunden sus raíces en el subconsciente y resulta muy difícil aclarar.

Antonio Ramírez Córdova

26

Reflexiones en torno a la novela El obispo todas las noches

Orsini hace artísticamente una denuncia del mundo universitario y político puertorriqueño, reafirma los valores autóctonos y mediante la figura sacerdotal del Padre Macabeo -elogio a Monseñor Parrilla y al Padre Loperena- denuncia las injusticias sociales y el valerse de la Iglesia para afianzar el poder político.

Roberto Fernández Valledor

34

Imaginario

AMERICA LATINA

EN LA ENCRUCIJADA ENTRE LOS VALORES UNIVERSALES Y PROPIOS

La más superficial incursión en la historia del pensamiento latinoamericano permite percatarse de la constancia de su preocupación por nuestra relación con el resto del mundo, mundo que ha sido personificado, indistintamente y según las circunstancias históricas, por España y Portugal, por Europa, por Norteamérica, por Occidente, por la Modernidad o, más recientemente, por la Posmodernidad.

Esta permanente preocupación ha sido expresada en el lenguaje de diversas manifestaciones culturales -arte, filosofía, pensamiento social, político, económico, religioso- y ha encontrado su síntesis teórica en diferentes conceptos que, en cada caso, han intentado nuclear la esencia del problema: civilización y barbarie, mestizaje, originalidad, autenticidad, identidad, ser latinoamericano, alteridad, liberación.

Se trata, en esencia, del mismo problema de fondo: nuestra relación con la universalidad o, dicho de otra forma, el vínculo de los valores propios con los universales. En efecto, España, Europa, Norteamérica, Occidente, han sido presentados ante los ojos latinoamericanos, en distintas épocas y por diversas razones, como la máxima expresión de la universalidad humana. No siempre el latinoamericano ha salido convencido de esta imagen que se le trata de imponer, pero incluso en aquellos casos en que ha ido a buscar en otro lado la universalidad real, lo ha hecho en contraposición con ese patrón foráneo que pretende inculcársele.

La presencia (casi omnipresencia) de este asunto en el pensamiento latinoamericano no puede ser un resultado fortuito, ni el desvío de la atención de nuestros pensadores, como a veces se piensa, hacia un pseudoproblema o una temática no esencial. La preocupación latinoamericana por la universalidad ha sido una expresión *sui generis* del proceso real de universalización de la historia, proceso que tenía que manifestarse con particular fuerza en un continente que ha sido culturalmente un producto de esa universalización.

1492 marca, como se sabe, el inicio de este proceso y constituye también, de manera nada casual, un

momento decisivo en la evolución del capitalismo como primera forma universal de desarrollo social. Nuestra América es hija de ese capitalismo, hija de la occidentalización del mundo; es, de hecho, la única cultura que en su totalidad híbrida y mestiza nace al mundo parida por la capitalización universal del planeta.

Nuestra historia ha estado, desde entonces, íntimamente vinculada a la de los protagonistas fundamentales de los principales acontecimientos con significación universal. Para bien o para mal, América Latina nunca ha sido independiente de los procesos globales que han tipificado la evolución histórico-universal. El propio (y mal llamado) descubrimiento de América fue resultado de la necesidad de encontrar nuevas vías de comunicación y comercio entre dos grandes regiones del planeta: Europa y Asia. La conquista y colonización permitió el financiamiento del desarrollo del capitalismo en Europa. Las guerras de independencia latinoamericanas se inspiraron en buena medida en el ejemplo de la Revolución Francesa. El paso del capitalismo a su fase imperialista tuvo una de sus primeras manifestaciones en este continente en la guerra hispano-cubano-norteamericana. Las guerras mundiales tuvieron no poca repercusión en nuestra área geográfica. La Revolución de Octubre y las luchas obreras por el socialismo encontraron rápidamente eco en Latinoamérica. La guerra civil española fue asumida como propia por muchos latinoamericanos. Nuestra América también fue escenario de la guerra fría. La perestroika, primero, y la caída del socialismo, después, tuvieron incidencia directa en el movimiento revolucionario continental. Las economías latinoamericanas se han convertido hoy en laboratorios de ensayo para las recetas neoliberales. Ninguna región del mundo ha sido, en su desarrollo, tan dependiente de procesos globales no originales en su propio seno. Es, sin duda, una historia muy particular, cuya particularidad radica, ante todo, en su estrecho nexo con la universalidad.

Pero ésta ha sido, al mismo tiempo, una universalidad a la que América Latina ha accedido sólo marginalmente. Su status, primero de colonia, y después de neocolonia, no le ha permitido la incorporación plena, en calidad de sujeto, a los procesos globales. Más bien ha sido objeto, forzado

violentamente hacia un eje de universalidad que no emanaba de su propia entraña.

Para América en especial, 1492 significó una enorme suplantación de valores. Hasta ese entonces no existían en realidad los valores universales, tal y como los entendemos hoy, con un alcance planetario. Esos valores son un producto histórico y mientras que el universo de relaciones sociales se mantuvo restringido al nivel de áreas cultural y territorialmente localizadas e independientes, ninguna de las escalas de valores existentes podía alcanzar rango universal. El llamado descubrimiento fue en realidad un choque de culturas y de distintas escalas de valores, en el que las culturas autóctonas de nuestra América tenían que llevar la peor parte.

La colonización trajo consigo un sistema de valores importado y ajeno a estas tierras. Se había violentado el proceso histórico-natural de desarrollo. Como resultado, América fue forzada a moverse hacia un órbita social y cultural que le era extraña. Europa se erguía orgullosa como dueña absoluta del monopolio de la universalidad. A sus ojos, aquellos seres incivilizados del lado acá del Atlántico tenían que quedar excluidos de la universalidad. Esta visión limitadora de humanidad era necesaria como justificante moral de la conquista y colonización de América y ha continuado desempeñando ese papel, de manera más o menos velada, a través de toda la historia de nuestras desiguales relaciones con Occidente.

La autoctonía cultural de la América precolombina fue poco a poco desapareciendo. En su lugar comenzó a desarrollarse una América Latina mestiza que desde su origen tuvo que enfrentar un concepto de universalidad formado a partir de otras historias y no de la suya propia.

Latinoamérica nace colonia, nace dependiente, nace con valores transplantados de los que se siente excluida. La toma de conciencia de sí mismo conduce ineludiblemente al latinoamericano a colocar en el centro de su atención el problema de su relación con la universalidad. No existe otra alternativa. El proceso de autoconciencia necesariamente implica la identificación de uno mismo y la diferenciación con los otros, el establecimiento de nuestra relación con otras culturas, sobre todo con aquellas que se nos visten de universales. Por eso el problema de lo universal y lo

propio tenía que aparecer como el fundamental en la formación de la identidad latinoamericana.

Nuestro reiterado afán por la originalidad, por la autenticidad, por la autoctonía, implica una nueva conciencia de sí, un deseo de enfrentarse a Occidente, una asunción de la necesidad de libertad e independencia tanto en lo material como en lo espiritual, una lucha contra el intento de universalización exclusiva de los valores originados en Occidente.

La preocupación por nuestra identidad crece en la misma medida que la conciencia emancipatoria. No podía ser de otro modo. La América Latina (tomada precisamente como latina, como la unidad socio-cultural que es hoy, y no simplemente como enclave geográfico) nunca tuvo desarrollo autónomo, nace junto a la conciencia de ruptura de los lazos de dependencia.

La historia se ha encargado de reforzar estos vínculos. Luchar por el progreso, luchar por la revolución, luchar por la independencia y la liberación ha significado en nuestra historia luchar por lo propio. Esta lucha ha exigido como necesidad enfatizar en lo

autónomo, en lo auténtico, en lo genuino, frente a la oponencia colonial y neocolonial disfrazada de universalidad.

Toda nuestra historia ha ido poniendo permanentemente en un primer plano nuestra relación con esa pretendida universalidad que nos llega desde fuera. Cada acontecimiento de importancia lo trae de nuevo a la luz. En un primer momento, la lucha por romper las ataduras coloniales; una vez obtenida la independencia, el intento de reproducir la senda de desarrollo de Europa Occidental o los Estados Unidos; después el enfrentamiento al expansionismo norteamericano; desde los albores de este siglo, la búsqueda de una vía propia y distinta de desarrollo para lograr salir del status de neocolonia y obtener la liberación definitiva; todos estos procesos han caracterizado, en cada momento, las principales tendencias derivadas de la evolución histórica de América Latina. Todos ellos se vinculan a nuestra relación con Europa, con los Estados Unidos, con Occidente, con el resto del mundo. El pensamiento latinoamericano no ha hecho más -y tampoco menos- que captar siempre el contenido principal de cada



época histórica. Si nos remitimos a un contexto más focalizado y a un período más reciente, nos percataremos de que la Revolución Cubana, sus relaciones con la URSS y las implicaciones que para ella ha tenido la caída del campo socialista son, de hecho, nuevos capítulos de esta misma línea.

No puede existir mejor argumento que la propia historia para demostrar la relevancia de este asunto en nuestra cultura. La lucha en cada época, contra el colonizador, por la independencia, por el desarrollo, contra el imperialismo, por la liberación, por el socialismo ha sido, de hecho, la lucha por nuestro derecho a la universalidad y ha matizado, en cada momento, la más genuina cultura latinoamericana.

No hay espacio ni tiempo para mostrar, paso a paso, el itinerario de esta problemática en el decursar del pensamiento latinoamericano, tarea necesaria, pero que rebasa las posibilidades de una ponencia. Se trata, en realidad, de una historia de cinco siglos. Con el lejano antecedente de la polémica entre Sepúlveda y Las Casas, y con diversas manifestaciones presentes a lo largo de todo el período de predominio de la escolástica, el asunto retorna con inusitada fuerza en el pensamiento de los principales protagonistas de nuestras gestas independentistas. A partir de ahí ha sido centro de la atención de cada una de las generaciones de intelectuales latinoamericanos. Baste recordar los nombres de Simón Bolívar, Andrés Bello, Domingo Faustino Sarmiento, Juan Bautista Alberdi, Francisco Bilbao, Justo Sierra, José Martí, José Enrique Rodó, José Vasconcelos, Antonio Caso, Alejandro Korn, Samuel Ramos, Octavio Paz, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, José Carlos Mariátegui, Julio Antonio Mella, Juan Marinello, Francisco Romero, Leopoldo Zea, Augusto Salazar Bondy, Francisco Miró Quesada, Darcy Ribeiro, Roberto Fernández Retamar, Enrique Dussel, Arturo Andrés Roig y muchos otros, que incluyen, en su casi totalidad, a los integrantes de los movimientos de historia de las ideas de filosofía de lo americano, de filosofía y teología de la liberación y no pocos representantes de otras corrientes actuales de pensamiento como la analítica, el existencialismo y el marxismo.

Tal peso ha tenido esta problemática en la historia del pensamiento latinoamericano que puede

afirmarse, sin la más leve duda, que la relación entre los valores universales y propios ha sido la preocupación axiológica fundamental en la evolución de las ideas de nuestra América y ha servido como eje a cuyo alrededor han girado no sólo el resto de las ideas estrictamente axiológicas, sino también muchas otras de carácter histórico, sociológico, económico, etnológico, antropológico, religioso, culturalógico, e incluso algunas de naturaleza ontológica o gnoseológica.

Un análisis de la perspectiva inmediata permite concluir que el tema continuará siendo asunto central en el pensamiento latinoamericano. Y lo será con igual o mayor fundamentación objetiva que la que ha tenido hasta ahora. No porque el problema no haya sido totalmente resuelto en el plano teórico, sino también, y sobre todo, porque la marcha de la historia no le ha ofrecido todavía una solución práctica.

Occidente, con el protagonismo indiscutible que dentro de él hoy tiene Estados Unidos, continúa con sus intentos de monopolización de la universalidad, ahora con menos resistencia, después del desplome de su principal oponente: la URSS y el socialismo este-europeo. El *american way of life* se propaga a diestra y siniestra por el mundo como el modelo portador de los supremos valores humanos. La fuerza económica, política y militar sirven de instrumentos para la materialización de esos fines. América Latina sigue enfrentándose a una imagen de los valores universales que le llega a granel desde el Norte.

Pero cada vez esta imagen resulta más insatisfactoria para Latinoamérica. No por capricho o mera rebeldía ante lo extranjero, sino por la creciente evidencia de la imposibilidad de extender el sistema de valores en Occidente hacia todo el resto del mundo.

Ello se une al cambio objetivo de la relación del mundo occidental o Primer Mundo con la universalidad, la cual no existe en abstracto, sino a través de determinadas especificidades concretas que, por su naturaleza y la coyuntura histórica en que se desarrollan, son a la vez singulares y universales. Lo universal «vive» como depositado en lo singular, pero no en cualquiera ni en uno solo a través de la historia, sino en aquel que en el momento dado exprese mejor, a través de su singularidad, la ley y

esencia de lo universal. Por eso la «universalidad monopolizante» que históricamente Occidente ha intentado imponer al mundo ha sido, en no pocas ocasiones, una universalidad más pretendida que real.

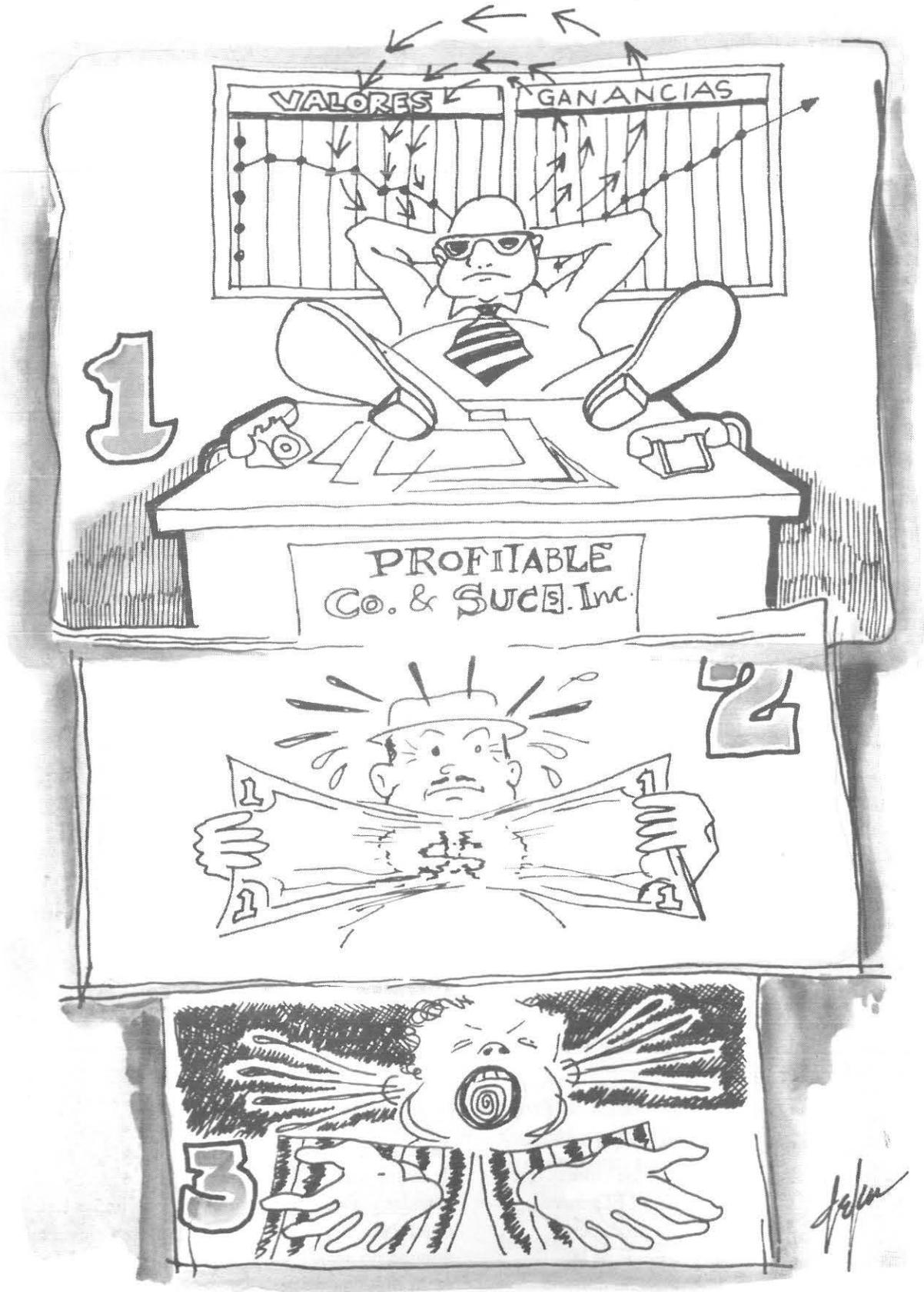
Así y todo, es indiscutible que durante la mayor parte de los cinco siglos que llevamos de historia global, el mundo occidental ha sido el protagonista de los principales acontecimientos ocurridos en el planeta y quien mayores aportes ha realizado al sistema objetivo de valores universales. No debe olvidarse que la universalización de la historia transcurre como ingrediente inalienable del proceso de desarrollo del capitalismo y que necesariamente los países punteros de este sistema tuvieron que generar los valores con mayores posibilidades de universalización.

Al mismo tiempo, los valores que el capitalismo universalizó tenían que ser francamente contradictorios e históricamente limitados. La principal limitación consistía en que, por paradójico que pueda parecer, eran valores que necesariamente se sustentaban en una interpretación desuniversalizada del hombre. En efecto, el capitalismo, como sistema, necesita usar al hombre (léase clases, pueblos e, incluso, grandes regiones del planeta) no como fin, mucho menos como el fin supremo de la evolución social, sino como instrumento, como elemento del sistema, como valor de uso capaz de engendrar valor de cambio. Esta necesidad económica objetiva del sistema genera irremediamente una psicología que le corresponde y una teoría que tiende a justificar esa psicología y esa práctica real. De ahí que la interpretación parcializada, unilateral, deformada del hombre y de sus valores sea el resultado no simplemente de desvaríos teóricos o ideológicos, no de caprichos, sino la exigencia espiritual de una práctica real. El racismo y todas las variantes que desuniversalizan al hombre o que deshumanizan a ciertos tipos de hombres, actúan como justificante moral y espiritual de esa práctica.

Aun así, durante mucho tiempo no hubo posibilidad real de que fueran otros los valores que impusieran su dominio en el planeta. El género humano no poseía la capacidad de producción necesaria para distribuir los beneficios de la civilización entre más que una pequeña minoría

privilegiada. El sistema de valores universales tenía que ser contradictorio. Por un lado, las expectativas e ideales de equidad, de justicia social, de distribución justa, de igualdad entre los hombres. Por otro, la imposibilidad económica de satisfacer estas demandas. Fue época en que eficiencia económica y justicia social se contraponían objetivamente de manera, al parecer, irreconciliable. El humanismo real tenía que ser parcial y limitado. El capitalismo, con su explotación despiadada y secuelas inhumanas, era necesario y debía desarrollarse. El ideal de igualdad entre los hombres estaba condenado a mantenerse en el reino de las utopías y constituía un valor más potencial que real. Lo bueno para una pequeña porción de la humanidad era, a la vez, lo bueno para la humanidad globalmente tomada y lo malo para la mayor parte de la misma. El sistema objetivo de valores (conformado a partir de los intereses globales de la humanidad y de su progreso) tendía a diverger de la percepción que de estos valores se constituía ya como ideal de justicia social en los representantes ilustres de las grandes mayorías.

La situación ha cambiado. El nivel de desarrollo económico alcanzado en el mundo, el producto global planetario, es suficiente hoy para arrancar para siempre la miseria y el subdesarrollo en el mundo, para materializar los ideales históricamente conformados de justicia social. La eficiencia económica cede su puesto a la justicia social en la cúspide de la pirámide jerárquica de valores objetivamente universales. Se abre la posibilidad para una compatibilidad real entre estos dos valores, bajo la hegemonía de la justicia social. Todo lo que contribuya a ella, sobre todo en el plano internacional de las relaciones entre los países ricos y pobres, es objetivamente valioso. Lo bueno para las grandes mayorías coincide, en lo fundamental, con lo bueno para la humanidad globalmente tomada, aunque se presente como malo para determinados sectores minoritarios o para un pequeño grupo de países poderosos. El foco de los valores universales se traslada paulatinamente del Primer Mundo hacia el Tercero, al igual que en el interior de los países pasa de las minorías privilegiadas y explotadoras a las grandes masas trabajadoras. Estas son las tendencias objetivas en la dinámica de los valores universales, aunque no sean las tendencias reales que se imponen en la práctica de las relaciones internacionales y que



apuntan, ciertamente, a la dirección opuesta. Se hace necesario revertir estas tendencias reales en la dirección que exigen las demandas axiológicamente objetivas.

Parece un sueño utópico la idea de que el Tercer Mundo asuma el protagonismo real (no el potencial, que ya lo tiene) de los valores universales en el mundo. Tiene en su contra la concentración de las mayores fuerzas económicas, políticas y militares del planeta. Muchos obstáculos tendría que vencer. Pero no parece haber otra alternativa.

El modelo occidental de capitalismo es inaplicable para todo el mundo y para todo el tiempo. Es sencillamente un imposible desde todo punto de vista: racional, económico, ecológico, moral. Hoy cobra especial vigencia aquella sentencia de Rodó, quien al referirse a los Estados Unidos señaló: «su prosperidad es tan grande como su imposibilidad de satisfacer una mediana concepción del destino humano».

Por otro lado, los acontecimientos del este europeo parecen haber alejado demasiado la perspectiva socialista del Primer Mundo y de un Segundo Mundo que ya no existe. Los países que todavía continúan por la ruta del socialismo son todos tercermundistas.

Es en el Sur donde se concentran las mayores potencialidades para el cambio. Y el primer paso ha de ser la unidad, la integración económica y política que dé como resultado una fuerza sumada que abra la posibilidad de enfrentar la oponencia del Norte. Esta fuerza deberá estar dirigida hacia un cambio de las relaciones internacionales, hacia su democratización, de modo que el Tercer Mundo, que constituye de hecho la mayor parte del planeta y el máximo exponente potencial de los reales valores universales en la actual coyuntura histórica, pueda hacer valer esos valores.

América Latina tiene reales posibilidades para convertirse en la avanzada de esta contienda. Es mucho más difícil que se levante el Tercer Mundo en pleno. Latinoamérica puede ser quien hale el pelotón. Hay muchos argumentos que permiten fundamentar esta posibilidad, argumentos promovidos por el propio pensamiento latinoamericano. Mencionemos tan sólo dos. El primer lugar, por la

comunidad de su historia, por la afinidad de sus culturas, los pueblos latinoamericanos son quienes más condiciones tienen para la unidad y la unidad ha de ser el primer paso. En segundo lugar, una de las particularidades más importantes de Latinoamérica consiste precisamente en la pluralidad de herencias, en su mestizaje socio-cultural. Nacida como resultado de la universalización de la historia, América Latina, si bien se mantuvo alejada durante mucho tiempo del foco de la universalidad, jamás fue independiente de él, estuvo en su órbita, fue su sucursal. Y ahora, cuando ese foco se traslada hacia el Tercer Mundo, Nuestra América tiene una especial preparación para asumirlo.

La asunción de este papel por parte de América Latina ha sido adelantada y preparada por muchos de nuestros más ilustres pensadores. El «pequeño género humano» de Bolívar, el «pueblo superior en nobles ambiciones» de Martí, el «crisol de culturas» de Vasconcelos, son sólo algunos ejemplos.

¿Utopías? Puede ser. Pero, ¿qué sería de nuestra historia sin las utopías? La creencia en un destino elegido para Latinoamérica, la idealización del futuro, ha jugado, como ideal, un papel práctico muy importante en nuestro movimiento histórico. La utopía de Bolívar formaba parte de la concepción que guió las gestas independentistas. La utopía de Martí fue fuente inspiradora de la guerra de 1895. La utopía de Vasconcelos acompañó a la Revolución Mexicana. Y la utopía de la Cuba revolucionaria ha aportado ya un capítulo imborrable a la Historia Contemporánea.

Pero no son meras utopías, son, en todo caso, utopías concretas, realizables y necesarias, nacidas de las entrañas de nuestra historia y proyectadas hacia un futuro que no siempre se alcanza a ver con claridad. Si son éstas que hemos descrito las reales perspectivas del mundo y estamos convencidos de que lo son, existen razones más que suficientes para que la relación entre los valores universales y propios continúe siendo en el futuro la preocupación axiológica más importante del pensamiento latinoamericano.

José Ramón Fabelo
La Habana

